

Pedro Sienna

por Mario Cruz

Conversamos durante tres horas, y Pedro Sienna no dejó de fumar. Encendió un cigarrillo tras otro, sin hacer una pausa. A veces usó una boquilla. Sienna vive en calle Carmen a pocos pasos de Av. Matta. La entrevista se realizó en su biblioteca: una habitación mediana, acogedora y reluciente. Allí no había libros en desorden ni en mal estado. Sienna escribe hasta las dos o tres de la mañana, luego coge un libro para que le acompañe mientras espera el sueño. En los estantes conviven desde Verne a Jean Paul Sartre.

El actor es alto, de cabello blanco y gestos distinguidos. Tiene tal facilidad de palabra que para el cronista fue difícil encauzar la conversación. Es amable, paternal; trata de contar lo más importante de su vida artística, de no confundir con nimiedades. Es su intención, pero se traiciona. Lo recuerda todo, y todo lo describe con precisión. Se detiene en pormenores; entonces pide que no se tome nota de sus palabras.

—Escuche mejor, después le repito lo que desee.

Su memoria es excelente. De pronto teme las dudas de su

auditor y muestra "recortes", fotos, libros, dibujos, carteles. Y, también, un pergamino que lo declara Hijo Ilustre de San Fernando. Nació en 1893.

Su padre era militar y solían trasladarlo de regimiento. Estuvo en Iquique, Santiago, Temuco.

Sienna debutó en teatro cuando tenía 7 años. Lo hizo en una función a beneficio de una congregación de monjitas. Estas en agradecimiento le obsequiaron un diploma con el ángel de la guarda y un verso ingenio. El teatro no volvió a preocuparle hasta los 20 años.

Su padre anhelaba que fuese ingeniero. Un día, para escapar de la autoridad paterna, viajó de Santiago a Talca. Tuvo suerte: conoció a don Enrique Molina, entonces Rector del Liceo de Hombres. A éste le impresionó la audacia del muchacho y decidió contratarlo como inspector. Pedro aceptó, pero puso una condición: vivir fuera del liceo. Y logró el cargo. No fue un inspector severo: perdonaba travesuras y dejaba que los más atrevidos fumasen.

Antes de escapar de su hogar, Pedro había enviado dos poemas a los Primeros Juegos Florales de Santiago. Ganó el segundo premio. El primero lo obtuvo Gabriela Mistral. La publicidad y los comentarios que merecieron estos Juegos le ayudaron a obtener el perdón de su padre.

Volvió a Santiago. Cierta día le vió recitar el actor español Bernardo Jambriña. Le felicitó y le pidió que ingresara a su compañía. Sienna pensó que sería sólo un cumplido; se disculpó y agradeció el ofrecimiento.

Una tarde fue a visitar a Daniel de la Vega a la redacción de un periódico que perdía lectores. Este tenía sobre su escritorio el modelo de un avión; Sienna se interesó tanto por él, que De la Vega se lo regaló. Era de noche, caminaban hacia sus casas cuando apareció Jambriña. Les anunció que al día siguiente iniciaba una gira por Argentina y repitió su invitación a Sienna. Cuando éste comprendió que la proposición era seria, devolvió el avión a De la Vega y corrió a preparar su equipaje. En un viejo baúl reunió ropa y libros. Los nervios no lo dejaron dormir. Al amanecer le comunicó la noticia a su madre y ésta se resignó ante lo inevitable. Luego le pasaron a buscar.

Entonces el teatro se hacía con zetas, y Sienna tuvo que hablar como español. Su primer papel no fue importante, pero antes de un año pasó a convertirse en el galán joven de la compañía. En los ensayos, Jambriña hacía la escena, luego ordenaba: "¡Cópíela!".

"Esta vieja herida", su poema más popular, lo escribió en esta gira. Recuerda que la compañía se detuvo en una pequeña estación argentina para continuar viaje al día siguiente. Era el mes de septiembre, y Sienna decidió pasar la noche en un bar.

—Me encontré tan solo. Pedí un vaso de vino y me puse a escribir. La nostalgia, algún amor..., no sé.

El poema forma parte de su libro "El tinglado de la farsa" y aparece fechado en Córdoba, en 1916. Pero Sienna está seguro de que no lo escribió en esa ciudad. Fue en un pueblo triste, insignificante.

De regreso, en Santiago, fue tentado por el cine. Le propusieron filmar "El hombre de acero", pero Jambriña estaba a punto de partir hacia Perú. Entonces el actor se disculpó y recomendó a un joven que trabajaba en conjuntos obreros. Se llamaba Alejandro Flores. Antes que partiera le aconsejó y le regaló el

traje de Arlequín que usaba en "Los intereses creados". Sienna lo había diseñado y pintado. A Flores le quedó perfecto.

El cine le apasionó. En diez años realizó nueve películas. Sólo quedan copias de "Un grito en el mar" y "El húsar de la muerte".

En 1917 se unió a Enrique Bágüena y Arturo Bührlé e integró la Primera Compañía Nacional. Habían decidido imponer autores y actores chilenos. Debutaron en el teatro Palet, de Talca. Entonces los que se dedicaban al teatro lo hacían con valentía, con ímpetu, con voluntad. No temían sacrificarse. Los contratos se hacían de palabra y se rubricaban con un apretón de mano. Pedro Sienna pertenece a la generación de 1913. A la de Víctor Domingo Silva, Magallanes Moure, Préndez Saldías, Angel Cruzchaga, Daniel de la Vega, González Bastías, etc.

—¿Qué creo ser? ¿Actor, pintor, poeta, dibujante, periodista, cineasta? No sé definirme.

Se decidió por todo, y en todo fue profesional, no dilettante. Dibujó para "Zig-Zag"; publicó versos en "Luz y sombra", recitó, dirigió, encabezó compañías de teatro. Fue periodista de "Las Últimas Noticias", bajo la dirección de Byron Gigoux. También trabajó en "La Nación", publicó libros, hizo grand guignol, escribió libretos, actuó y dirigió películas. Y no descansa. Escribe la histo-

ria del teatro y del cine chilenos. Además sus memorias; el libro se llamará "Fogatas de medianoche", una historia de fantasmas y una selección de sus poemas. Parece demasiado. Sienna es vitalidad, desborde, acción. De cada veraneo regresa con 20 ó 30 acuarelas. Confiesa que se retiró del teatro cuando advirtió lo tremendo que es llegar a viejo y ser sólo actor. El adiós definitivo se produjo en 1944. Ya entonces se consideraba alejado de la actividad escénica, pero dirigió a la compañía de Elsa Alarcón. En 1962, cedió ante el Teatro Universitario, de Concepción. Les dirigió "Entre gallos y medianoche", de Carlos Cariola. Diseñó, además, los decorados y trajes.

Se define de temperamento nervioso y muy impulsivo. Cuando muchacho llevó una vida agitada. Era pendenciero, enamorado y trasnochador.

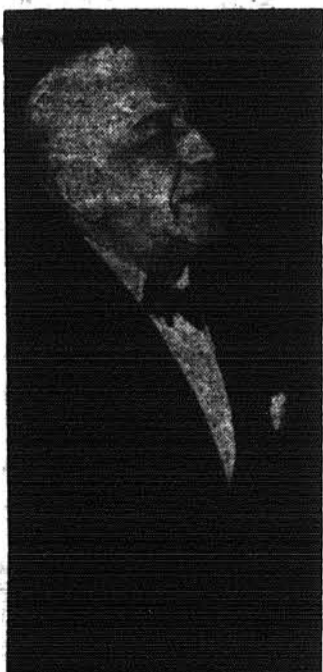
—No me mataron por casualidad.

Pero Sienna considera que la vida lo ha tratado bien. Tiene muy arraigado el sentido de la amistad. En nuestra conversación sólo mostró lo mejor de sus compañeros. Cada vez que mencionó a Bernardo Jambriña y Arturo Bührlé lo hizo con ternura y gratitud.

Nos habló de su pasado como quien recuerda las diabluras de un hijo calavera que volvió al buen camino. *



PEDRO SIENNA Y CAMILO MORI preparando el set de "Un grito en el mar".



PEDRO SIENNA